

## CAPITULO XX.

### Una esperanza desvanecida.

En los mismos instantes en que vimos á los asesinos de D. Felipe Flan cruzar la pintoresca laguna de Texcoco, acompañando á la hermosa y desdichada Clotilde, D. Félix, el joven honrado, de conducta inmaculada, abrumado con el peso de una acusacion injusta y afrentosa, yacía triste y abatido en el oscuro calabozo á donde le habian conducido despues de la carta denunciada por Willey.

Sentado sobre el miserable lecho, con los codos sobre las rodillas, y apoyando la cabeza sobre ambas manos, el desgraciado

preso era víctima de los sentimientos mas desgarradores y dolorosos.

Cuando habia creido llegar al colmo de la felicidad esperando recibir contestacion á su carta de la hermosa y desventurada Soledad; cuando habia acariciado la dulce esperanza de tener en el humano carcelero un conductor fiel, compasivo y seguro, que presentase á cada cual los sentimientos mas tiernos y recónditos confiados al papel; cuando en el risueño horizonte veía envuelta en blancas vestiduras á la libertad, tendiéndole una mano cariñosa, se encontró privado de la correspondencia de su ángel consolador, vigilado por otro carcelero de áspero carácter, brusco y despiadado, conducido á otra prision mas estrecha, húmeda y reducida, adonde apenas osaba penetrar uno que otro rayo de luz moribunda.

—¡Ni una palabra, ni una letra consoladora de ella!—exclamaba el infeliz.—¡Nada! ¡nada mas que el convencimiento de mi amargura y mi desgracia!

Y sus ojos se humedecian con las lágrimas



mas arrancadas por la triste consideracion de su infortunio.

En su pálida y espaciosa frente, velada por la ténue sombra de la melancolía, se reflejaban los sentimientos de su alma noble y sensible, y en sus lívidas mejillas proyectaban sus sedosas y largas pestañas una sombra vagarosa, que imprimia á su varonil y dulce fisonomía un tinte interesante de profundo dolor, que conmovia.

—¡Ah! ¡soy muy exigente!—volvió á exclamar despues de un instante de silencio.— Antes se limitaba mi ambicion á saber que ella no me creia culpable, y ahora que estoy convencido de que me cree inocente, de que me hace justicia.... cuando mis ojos han llorado de placer, recreándose en los gratos caracteres dictados por el cariño; caracteres en que la compasiva Soledad imprimia sus nobles, tiernos y generosos sentimientos, deseo mas.... anhelo otra cosa.... estoy triste y descontento.... ¡quiero que me escriba cuando es imposible hacerlo! ¡cuando nada puede llegar á mis manos, como yo no puedo hacer que llegue nada mio

á las tuyas! ¿No carece ella tambien de mis letras, de mis noticias?

Y el desgraciado jóven se levantó del lecho en que estaba sentado, y empezó á pasearse agitado por la oscura prision, con los brazos cruzados y caida la cabeza sobre el pecho.

Su pena se aumentaba al considerar que la hermosa Soledad esperaba con ansiedad alguna noticia suya.

No sabia el desventurado que la jóven estaba tranquila, engañada por las cartas que el doctor le entregaba suplantando con habilidad su letra y su firma.

El ruido de los cerrojos fué á sacarle de sus desgarradoras meditaciones.

Don Félix levantó la cabeza, exhaló un suspiro, y se volvió á sentar en la miserable cama, inclinando de nuevo la cabeza sobre el pecho, como una flor abatida por el huracán.

La puerta se abrió en aquel instante.

El nuevo carcelero, hombre adusto y corpulento, entró llevándole la comida, que la colocó á un lado de la cama.



Don Félix le miró como queriendo hacerle alguna pregunta; pero temió recibir una grosera contestación, y no se atrevió á despegar los labios. ¡Había sufrido tantos desaires de él!

Sin embargo, el abandono en que se hallaba, el deseo de saber qué suerte le esperaba, le aconsejaban hiciese otra tentativa para romper el silencio del adusto carcelero.

Este, despues de haber colocado la comida cerca del sitio que ocupaba el preso, se dispuso á salir.

Don Félix titubeó otro instante; pero cuando vió que ponía la mano en la puerta para abrirla y ausentarse, venció su irresolucion, hizo un exfuerzo sobre sí mismo, y se atrevió á aventurar esta pregunta:

—¿No ha venido en estos dias nadie á preguntar por mí, buen hombre?

El carcelero se detuvo, volvió la cara hácia el preso, y contestó con brusco y seco acento.

—Nadie.

El jóven exhaló un ahogado suspiro de dolor, y exclamó:

—¡Todos me abandonan! ¡todos se olvidan de los desgraciados! ¡Hasta ella tal vez!

—¡Toma!—Dijo el carcelero como hablando consigo mismo.—Pues ellas son las primeras que olvidan.

—¡Ah! si vd. conociera á Soledad, como la conoció el que precedió á vd. en el destino de carcelero, cambiaria vd. de opinion.

—¡Ah! ¿conque mi antecesor de empleo la conoció?

—Sin duda.

—Ya me debí yo figurar que para perder el destino habria de haber aquello de “¿quién es ella?”

—¡Bien se echa de ver que vd. no la conoce!

—No, ni quiero, ni pienso conocerla, ni seguir charlando de cosas que no me pertenecen. Lo que conozco es que por hablar de ellas me he olvidado de mi obligacion; que es callar, y voy á reparar mi falta.

—¿Y no tendria vd. la bondad de decirme, antes de irse, si ha terminado mi causa?



—Ha terminado.

Contestó con laconismo y duro acento el carcelero, queriendo enmendarse de la familiaridad con que habia hablado con el preso.

—¿Y no piensan sacarme de este oscuro calabozo?

—Muy pronto estará vd. fuera de él.

Replicó el toseco cuidador con siniestra sonrisa.

—¿Es decir que ha triunfado la verdad... que están convencidos de mi inocencia... que alcanzaré mi libertad?

El carcelero volvió á mirarle, y contestó con acento extraño.

—Lo que le puedo asegurar es, que dentro de pocos dias habrá vd. salido de aquí.

—¡Ah! ¡gracias, Dios mio, gracias por tu excesiva bondad!—exclamó el jóven tras portado de gozo y cayendo de rodillas, elevando los ojos al cielo.—¡He sufrido! ¡he padecido mucho...! ¡pero todo lo olvido en este instante en que la justicia viene á proporcionarme la libertad!

El carcelero le miró con extrañeza; se

sonrió burlescamente al verle entregado á una esperanza lisonjera; re encogió de hombros, abrió la puerta, y ya se preparaba á salir, cuando se presentaron dos hombres de aspecto sério en el calabozo.

Don Félix creyó que se le iba á anunciar la feliz nueva de su libertad, y se levantó irradiando en su semblante la luz del placer mas intenso.

Pero ¡cuán en breve se disipó aquel resplandor divino, emanado de la plácida esperanza!

El infeliz no habia comprendido el sentido con que el carcelero habia pronunciado las palabras en que le anunciaba que muy pronto se veria fuera de aquella lóbrega prision.

Pero á pocos instantes se lo hizo comprender uno de los dos individuos que acababan de entrar, y que llevaba en la mano un papel enrollado.

Aquel pliego contenia la sentencia de muerte.

Félix se estremeció al escucharla.



Habia soñado con la vida, y se encontraba á un paso del sepulcro.

Habia acariciado una esperanza lisonjera, y sintió el horrible golpe de un funesto desengaño.

No era cobarde; por el contrario, tenía un corazón bien puesto que sabía hacerse superior á los peligros; pero la consideración de que le hiciesen morir como á un vil asesino, presentándole con este infame carácter ante el público entero, le hacía estremecerse de horror.

Temía que la sociedad conservase su memoria como la de un ingrato, indigno de toda compasión, y esto le prensaba el corazón.

¡Sus amigos no volverían á pronunciar su nombre sino con horror, y la misma Soledad llegaría á dudar tal vez de su inocencia!

La libertad que, envuelta en blancas vestiduras había visto tendiéndole una mano para arrancarle de aquel horrible antro, mientras con la otra le señalaba un mundo sembrado de fragantes flores, de inefables delicias y de amor, la contemplaba trasfor-

mada en la inexorable parca Atropos, cortando el hilo de la vida.

¡Iba á morir, y á morir en un afrentoso patíbulo, como el más infame criminal!

Aquella idea era espantosa.

—¡Espirar execrado por la sociedad, en medio de un público que me verá marchar al suplicio con el horror que inspira un monstruo de la humanidad...! ¡Oh! no: ¡es imposible...! ¡soy inocente...! ¡lo juro...! ¡soy inocente...!

Y el infeliz, enclavijando las manos, miraba al cielo como pidiendo iluminase y convenciese á los que, juzgando por las apariencias, le condenaban.

—Por mucho que yo crea en la sinceridad de esas palabras—contestó con amabilidad y compasión el que había leído la sentencia—nada puedo hacer por vd. Mi misión ha terminado dándole á conocer el fallo del tribunal que le ha juzgado, aun que no quiero retirarme sin comunicarle á vd. que aun abrigo una esperanza de que esa sentencia se revocará.

—¡Cómo!



—El defensor de vd. ha apelado á la corte de justicia contra la sentencia, y tal vez consiga lo que se ha propuesto con su notable defensa y preclaro talento: salvar á usted.

—¡Oh! no ambiciono el triunfo de mi inocencia por temor á la muerte, no, sino por no morir con la infamante clasificacion de criminal.

—Si es vd. inocente, como dice, y yo no me atrevo á dudar, Dios iluminará el talento de sus jueces y permitirá que descubran al verdadero culpable. Adios.

Y sin esperar contestacion, y haciendo una ligera inclinacion de cabeza, salió acompañado del hombre que habia entrado con él, y seguido del carcelero que volvió á echar los pesados cerrojos á la puerta del calabozo.

Don Félix quedó solo, en medio de la oscuridad, como herido de un rayo: flaqueáronle las piernas, un sudor frio corrió por su frente, su rostro se cubrió de una palidez mortal, y no pudiendo sostenerse,

se dejó caer sentado sobre el sucio jergon de su húmeda tarima.

—¡Morir! ¡morir dejando manchado el limpio apellido de mi familia con un borron de eterna infamia!—exclamó ocultando el rostro entre las manos, y sintiendo arder su frente con el fuego de la vergüenza y del rubor.—¡Morir señalado por los hombres como un infame que sirve de escarmiento á la sociedad.... que le separan de ella como á un miembro podrido que la corrompe y deshonra! ¡Morir sin haber alcanzado la dicha de ver á la mujer que me daba el consolador nombre de primo y de hermano! ¡Sin haber oido su melifluo acento.... sin haber recibido una mirada de compasion de sus bellos ojos.... sin recoger una lágrima de ternura.... sin escuchar de sus virgíneos lábios esa dulce palabra que tanto anhelo, que me cree inocente! ¡Madre mia, madre mia!—Dijo cayendo de rodillas y con el acento de la mas honda afliccion:—¡Tú que habitas la region de los bienaventurados; tú que me educaste en las máximas de la religion y de la virtud; tú que



has velado desde el cielo por tu pobre hijo, que no te ha olvidado un solo instante desde que le dejaste solo en el mundo; tú que lees en el fondo de su corazón y conoces su inocencia, eleva tu ruego á Dios demandándole piedad y compasión para mí! Nunca he temblado á la vista del peligro; pero ¡le tengo miedo á la muerte que deshonra.... que infama!

Y D. Félix, continuando de rodillas, inclinó la cabeza sobre el miserable lecho, quedando sumergido en un océano de tristes reflexiones.

Abrumado con el peso de su terrible infortunio, y sin poder apartar de su viva imaginación la afrentosa muerte á que estaba condenado, ni la memoria de la hermosa Soledad, que se asociaba á todos sus pensamientos, el desdichado joven sentía arder su frente con el fuego de una fiebre abrasadora: sus sienes latían con violencia, y un peso enorme abrumaba sus cansados párpados.

Terrible debe ser la idea de la muerte que se presenta á la imaginación del crimi-

nal, caminando hácia el cadalso, convencido de que nadie anhela su perdón, de que todos le miran como merecedor del castigo que va á sufrir, oyendo por todas partes vender á gritos la relación de los crímenes con que está manchada su vida; pero mucho mas espantosa la del inocente, la del hombre honrado y pundonoroso, que se vé confundido entre los monstruos de la humanidad, que se vé señalado por el populacho que le sigue hasta el patíbulo, ávido de su sangre, que comprende que deja á la sociedad donde fué apreciado, un nombre que pronunciará con horror, y que ni entre los que fueron sus mejores amigos encontrará una palabra de compasión cuando espire, sino de afrenta y de vilipendio!

Don Félix pensaba en todo esto.

Veía delante de sus ojos, con las tintas mas vivas y palpitantes, el horrible cuadro que con flojo pincel y débil colorido acabo de bosquejar.

A su aspecto se estremeció de espanto; su cuerpo tembló, sacudido por la fuerza de un terrible calosfrio que se apoderó de



repente de todos sus miembros; sus rodillas temblaban sobre el húmedo suelo, y sus dientes daban continuamente unos contra otros.

En aquella postura permaneció largo rato, sin alzar la cabeza, abrumado con el peso de sus terrosos pensamientos.

Sin voluntad para moverse de aquel sitio, insensible á los padecimientos físicos y á las necesidades, Don Félix permanecía quieto, sin acordarse de tomar el alimento que el carcelero le habia dejado encima de la tarima y á su lado.

De repente hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y recordando que la religion ordena la conformidad, y que recibamos los males lo mismo que los bienes, como una providencia dictada por el Eterno, cuyos decretos debemos respetar, levantó la cabeza, miró como prueba meritoria á los ojos de Dios la muerte afrentosa pronunciada contra él, y alentado por la fé y las creencias católicas que vierten el consuelo en el corazon de los desgraciados, exclamó mas sereno y tranquilo:

—Si has dispuesto que viva, Dios mio, tú harás patente mi inocencia al tribunal que debe decidir de mi suerte; y si en tus altos fines has decretado que muera como un vil criminal, yo acepto esa muerte como el único bien que me conviene.

Y alentado con este sentimiento de fé católica que es el mas firme sostén del hombre en sus tribulaciones, se levantó del suelo en que estaba de rodillas, tomó el alimento que le habia dejado el carcelero, y esperó tranquilo, aunque con el pensamiento en Soledad, que llegase el dia de su absolucion ó de su muerte.